

“VUELVEN A AFILAR LOS AFILADORES” (1)

Primero llegaron a los barrios más periféricos de la burguesía como también los especuladores del euro llegaron antes a Grecia e Irlanda. Igualmente las pateras y cayucos del tercer mundo iniciaron su invasión de Europa por España. Los afiladores y los demás signos premonitorios de lo que se nos avecina siguen progresando. Decíamos que su reaparición madrileña principió en la periferia. Ahora ya están deambulando por el centro. Así pude comprobarlo ayer en una de las manzanas de Jorge Juan recientemente acondicionadas por nuestra alcaldía. Me sorprendió la aparición de uno de ellos con su característico silbo mientras contemplaba las maravillas operadas por los rectores del municipio en el pavimento de aquel sector. Nuestro afilador no portaba el habitual carro de mano monodisco sino una moderna bicicleta motorizada con todos los elementos necesarios para su trabajo acoplados al cuadro. A diferencia de antaño tampoco voceaba sus habilidades. Se echaba en falta aquel invariable reclamo de entonación monocorde: “¡Afilador y paragüero!”. Al menos el que yo me topé sólo usaba como pregón el repetitivo sonido del flautín acompasando un lento caminar bicicleta en mano. Su extemporánea aparición, la seria impassibilidad de su actitud, su plena convicción sobre la necesidad de lo que llevaba a cabo, la soledad de su deambular, eran notas todas que lo asemejaban a un profeta. Un profeta anunciador del final de una era señera de codicia y consumo, del comienzo de la contención del gasto y del lujo, – paradójico su merodeo por una de las calles más lujosas de Madrid –, de la nueva

(1) Copia del texto enviado para su inserción en la página Web de la Comunidad de Oración de Fray Escoba perteneciente a la Renovación Carismática Católica en el Espíritu.

solidaridad, “del inicio al aprendizaje de la cuidadosa disposición para cualquier tarea” (2). Un anuncio vivo del desprecio a las variadas ofertas de los medios de comunicación incitándonos a la compra de cuberterías, de cuchillos, de herramientas de mano, mediante el pago de pequeñas cantidades en cómodos plazos infinitesimales. Su propuesta era mucho más económica, rápida y tradicional. “Bájeme sus cuchillos: Los pondré a punto en el acto. Sin plazos; sin papeles y por un precio irrisorio”. ¿Acaso no puede tildarse de profeta a quién así procede? ¿Acaso nuestro afilador, en lugar de estirar artificialmente su seguro de paro, pedir limosna, manifestarse de manera quejumbrosa en forma colectiva no ha preferido resucitar por sí solo una vieja profesión que puede resultar necesaria en los tiempos que corren? ¿Acaso, además de propugnar el final de una práctica viciosa no está contribuyendo también a que así ocurra algún día tan por muchos anhelado?

Tengo un nuevo amigo. Es un negro de Sudán que se llama Ernest. Pide limosna más o menos a la puerta de mi Despacho al amparo de una serie de ejemplares de “La Farola” que nunca se renuevan. Es sencillo, simpático, paciente y poco quejumbroso. ¿Verdad que no hay mucha gente así entre nuestros menesterosos? Nos entendemos en inglés que aprendió de niño en su país. Desde allí viajó hasta Melilla hace unos cinco años pasando penalidades sin cuento que espero conocer algún día. Ernest forma parte de ese inmenso ejército de famélicos anónimos cuyas condiciones de vida nunca entendí. O mejor dicho sí las entendí. Lo

(2) Es una de las acepciones del verbo afilar en el Diccionario de la RAE mantenida al menos en todas las ediciones publicadas entre 1956 y 2001.

que nunca comprendí fue su sosegada paciencia. Su incomprensible espera antes de emprender la actual invasión de Europa que ahora parece incontenible.

El Señor se ha cansado de esperar alguna muestra de compasión de nuestra parte y les ha liberado de su sempiterna inmovilidad. Les ha dejado que repitan las aventuras de Tarik y Muza en el 711 en forma menos tumultuosa. Más poco a poco. De suerte que puedan recordarnos incesantemente el daño que les hemos hecho y continuamos haciéndoles los europeos. La expoliación de sus riquezas; la apropiación de sus personas; el desarraigo de sus territorios y el consiguiente traslado a continentes remotos donde fueron vendidos como bestias de carga. El último Vargas Llosa ⁽³⁾ nos cuenta las barbaridades de los belgas en el Congo y Jon Sobrino ⁽⁴⁾ nos habla de la peligrosa explotación de los niños en las minas africanas de coltan. Ello ha permitido que nuestros hijos y nietos dispongan de teléfonos portátiles a módico precio apenas iniciados al uso del lenguaje oral. Mas no es preciso continuar. Todos sabemos el estado de salvajismo e incultura en que los hemos sostenido a propósito de forma que aún emancipados hemos mantenido la continuidad de nuestro beneficio como compradores únicos de sus materias primas a precios arbitrarios. Pero la competencia de los países emergentes y el continuo flujo de las pateras parecen advertencias claras del final de nuestra perversa aventura. ¿Sabremos asimilar a nuestros renacidos invasores compartiendo con ellos algo más que la dura brega en los soleados invernaderos andaluces? ¿Nos ha

(3) "El sueño del celta". Alfaguara 2010.

(4) "Terremoto, Terrorismo, Barbarie y Utopía". Editorial Trotta 2002.

servido de algo el recuerdo de la interminable Reconquista de más de siete siglos? ¿Haremos algún día caso a Pablo, quién ya antes de que concluyera el siglo I de nuestra era acabó con la diferencia entre judíos y todas las razas del planeta? ¿O simplemente nuestro flamante europeísmo desconcertado proseguirá desmoronándose como lo hicieron los romanos frente a los godos?

Y si hemos hecho poco caso a los profetas aún menos lo hemos hecho todavía a la historia. Hoy nos parece imposible la repetición de la segunda guerra mundial apenas veintidós años después de la primera. Sin embargo sucedió. Y sucedió con los mismos protagonistas básicos. Nos olvidamos continuamente de ese “sin mi nada podéis” de Jesucristo. Lo experimentamos todo el tiempo y casi a la vez lo olvidamos.

Hoy estamos padeciendo la mayor crisis económica del último siglo. De mayor magnitud que la todavía recordada de 1929. Esta vez también todo comenzó en Wall Street siendo la codicia el motor desencadenante para Bancos, banqueros, entidades financieras y sus servidores. Al amparo de una tasa de interés muy próxima a cero, sus ejecutivos proponen a la clientela inversiones de altísimo riesgo. Las proponen incentivados por esos desmesurados bonus que ayer leí en algún periódico ya han resurgido en la City cuando todavía no hemos salido ni tampoco sabemos cuando saldremos de la malhadada crisis. El bonus cumple, pues, con los jóvenes ejecutivos el mismo papel tentador que cumplía el diablo con los antiguos ermitaños. Pero mientras los ermitaños, protegidos por los frutos de su vida de oración, resistían, los jóvenes ejecutivos inmersos en la frivolidad dimanante del

lujo, del consumo y la codicia no dudan en aconsejar a sus clientes inversiones de altísimo riesgo a sabiendas de sus grandes posibilidades de volatilización. En muchos casos estas “inversiones” venían apoyadas por el crédito del propio banco a cuya plantilla pertenecía el aprendiz tentado por el bonus. Al volatizarse la inversión también se volatizaban las posibilidades del Banco de recuperar el dinero prestado. Estas y otras prácticas análogas han dado al traste en nuestro sapientísimo mundo occidental con un número indeterminado de bancos. Entre ellos el famosísimo “Lehman Brothers”. ¿Y qué decir de un tal Madoff que mediante una rueda de inversiones ficticias con la complicidad de UBS, y otras instituciones no menos famosas arruinó a un número indeterminado de personas físicas y jurídicas? Pues algo muy significativo para nosotros porque resulta que uno de nuestros más grandes bancos sólo recomendaba Madoff a sus clientes de élite. Y para eso sus responsables ganaban mucho más dinero que toreros, futbolistas y hasta controladores juntos.

Vayamos con los controladores cuyo proceder clama al cielo en un país donde hoy no hay manera de sacar del paro a un veinte por ciento de su población activa. Pero este conflicto viene de largo. Por lo menos desde el verano de 1981 en que recuerdo un congreso de la extinta UCD convocado por Adolfo Suárez puesto en jaque por este colectivo. Desde entonces hasta hoy raros han sido los veranos, Navidades, Semanas Santas y otras festividades notorias en que no hayan creado serios problemas a la navegación aérea.

Aunque desconozco los pormenores de sus percepciones y obligaciones, todas las opiniones coinciden en que se trata de un colectivo privilegiado y que con ello, no obstante, aprovechan cualquier coyuntura para mejorar su situación a costa del resto de la ciudadanía sin que le cree la menor duda la dejación total de su cometido conllevando abandonar a trescientas mil personas en los aeropuertos nacionales.

Junto a los profetas del presente y del futuro hemos examinado a dos colectivos cuya codicia – también los controladores los crearon en otros países donde ya fueron militarizados – ha producido inconmensurables trastornos a su país aún en indeciso trance de reconstrucción frente a una crisis demoledora.

Leo, sin embargo los periódicos y entre tanta violencia de género en aumento, temporales desconocidos en tierras otrora ávidas de agua, atracos, sempiternas tensiones entre dictaduras y democracias, también veo la mano de Dios en forma de un joven policía fuera de servicio en compañía de su novia en un andén del Metro. Vió a un hombre en inminente peligro de muerte al haber caído entre las vías desde el andén de enfrente. No dudó en aproximarse al caído cuando un tren estaba a punto de alcanzarlo. Tiró de él con todas sus fuerzas sustrayéndole de las ruedas en “cuestión de décimas de segundo”. La estación se llama Puerta del Ángel.

Gloria al Señor.

Madrid, 15 de diciembre de 2010

Fernando Escardó